

Está bien ser diferente

Por: *Adriana Rodríguez*
(*wadry28@hotmail.com*)

Uno de los aspectos primordiales que todo maestro debe tener en cuenta en su aula es el de la “universalización de la educación”, que implica por supuesto integrar en los salones de clase a todos y a todas sin excepción. Si realmente lo llevamos a la práctica, reducimos las brechas de desigualdad y partimos hacia el fin último de la educación, es decir, no el de esperar resultados brillantes en los estudiantes con el propósito de que una vez cimentado el proceso de enseñanza-aprendizaje salgan al mundo a producir, sino más bien el verdadero sentido: construir una sociedad más humana.

Hace tres años me embarqué en una aventura sin igual: ser profesora de pequeños de tres años. A partir de ese momento me sentí feliz; más aún cuando en el primer año como docente encontré a una pequeña con Síndrome de Down en el aula. Entonces supe que el viaje con los niños sería mucho más especial de lo que me había imaginado hasta ese momento.

Lo primero fue, por supuesto, crear el vínculo afectivo con la pequeña. En segunda instancia y una vez logrado esto, fue ayudarla a estrechar lazos de amistad con sus semejantes, que ellos supieran lo indiscutiblemente sensacional que es jugar con una niña que tal vez se ve “algo diferente” físicamente, pero al fin y al cabo todos de alguna manera lo somos, y está bien serlo.

Hay que reconocer en este punto que si se trabaja la inclusión y la diversidad en el aula desde los más chiquitines, estas se harían mucho más fáciles; incluso me atrevo a decir que hasta sería innecesario tratar dichos aspectos en lo posterior.

Ahora el desafío se presenta me-

diante el ingenio y las adaptaciones que se puedan manifestar en pro de una verdadera inclusión, ya que a pesar de haber estudiado esto en la universidad, entre la práctica y la teoría hay aún una gran brecha. Alguna vez escuché que para poder enseñar a los niños se necesita tanta destreza como para tripular un avión jet. Imaginaba entonces cómo sería enseñar a una pequeña con síndrome de Down.

Empecé entonces trabajando la seguridad emocional, un factor que contribuiría a alcanzar niveles cada vez más altos de autonomía. Era tiempo de seguir con otra de las dificultades: el habla. Para ello tomé en cuenta la estimulación lingüística a través de actividades lúdicas tales como dramatización de cuentos, lectura de imágenes, además de actividades de rutina diaria que, junto con captar la atención, brindaron la oportunidad de poder ir incorporando pequeñas palabras, e incluso uno o dos nombres de sus compañeros. Y así como se debía trabajar muy duro en ciertas áreas, hubo una específicamente que se enriqueció mucho, pues solo fue potencializada: la sensibilidad al ritmo y la expresividad, que hicieron que su participación en actividades socioculturales sea siempre la más dinámica.

Por ello, maestros, es importante

Lo primero fue, por supuesto, crear el vínculo afectivo con la pequeña. En segunda instancia y una vez logrado esto, fue ayudarla a estrechar lazos de amistad con sus semejantes...

respetar y promover la diversidad desde el punto de vista de las inteligencias múltiples, pues un estudiante podrá no ser tan bueno en cierta área o materia específica, pero sí en otras, y es nuestro deber encontrar cuáles podrían ser y cómo podría destacarse en ellas.

Resulta primordial también que los niños y niñas sepan que ser diferente no es cuestión de otro mundo, ya que cada uno es un ser distinto y especial. Así es como debemos respetarnos: en amor y unidad de la diversidad.



Resulta primordial también que los niños y niñas sepan que ser diferente no es cuestión de otro mundo, ya que cada uno es un ser distinto y especial.